

No, H. M., no nos admire el ver tanta virtud en este buen ladrón, puesto que nada hay tan a propósito para mover nuestro corazón como la vista de Jesucristo agonizante; no hay momento en que se nos conceda la gracia con tanta abundancia, y, sin embargo, somos testigos de tal acontecimiento todos los días. ¡Ay! H. M., si en el feliz momento de la Consagraciónuviésemos la dicha de estar animados de una viva fe, una sola Misa bastaría para librarnos de los vicios en que estamos enredados y convertirnos en verdaderos penitentes, es decir, en perfectos cristianos.

¿De dónde viene, pues, me diréis, que, asistiendo a tantas Misas, continuemos siendo siempre los mismos? ¡Ay! H. M., ello proviene de que sólo estamos presentes corporalmente, mas nuestro espíritu está en otra parte, con lo cual no hacemos otra cosa que completar nuestra reprobación a causa de las malas disposiciones con que asistimos a tan santa ceremonia. ¡Ay! ¡cuántas Misas mal oídas, que, en vez de asegurarnos nuestra salvación, nos endurecen más y más! Habiéndose aparecido Jesucristo a Santa Matilde, le dijo: «Has de saber, hija mía, que los santos asistirán a la muerte de todos aquellos que habrán oído con devoción la santa Misa, para ayudarlos a morir bien, para defenderlos de la tentaciones del demonio y para presentar sus almas a mi Padre». ¡Qué dicha la nuestra, H. M., la de ser asistidos, en aquellos terribles instantes, por tantos santos cuantas sean las Misas que habremos oído bien!...

No, H. M., no temamos jamás que la santa Misa nos cause perjuicio en nuestros negocios temporales; antes al contrario, hemos de estar seguros de que todo irá mejor y de que nuestros negocios alcanzarán mejor éxito. Y aquí veréis un admirable ejemplo. Cuéntase de dos artesanos de un mismo oficio y que vivían en un mismo barrio, que uno de ellos, estando cargado de

hijos, no dejaba nunca de oír la santa Misa y vivía muy holgadamente en su oficio ; el otro, en cambio, que no tenía hijos..., trabajaba todo el día, parte de la noche y frecuentemente hasta el santo día del domingo, y apenas podía vivir. Al ver que los negocios de su compañero salían siempre coronados por el éxito, preguntóle un día cómo se las componía para sacar lo necesario con que mantener a una familia tan numerosa, cuando él, que no tenía más que a su mujer y no cesaba en su trabajo, se hallaba a veces en la más completa indigencia. El otro le contestó que, si así lo deseaba, al día siguiente le mostraría dónde se hallaba la fuente de sus ganancias. El desgraciado artesano quedó tan contento con aquella proposición, que esperaba con impaciencia la llegada del día siguiente, día en que iba a aprender la manera de lograr fortuna. En efecto, el compañero no faltó a buscarle. Vedle saliendo de su casa contento y siguiendo confiadamente al compañero. Este le condujo a la iglesia, en donde oyeron la santa Misa. Al regresar del templo, «Amigo mío, le dijo el que vivía holgadamente, vuelve a tu trabajo». Al día siguiente hicieron lo mismo, mas, al ir a buscarle por tercera vez para el mismo objeto, «¡ Hombre !, dijo el otro, si quiero ir a Misa, sé muy bien el camino sin que tengáis que molestaros en acompañarme ; no es esto lo que quería saber, sino el lugar donde hallabais lo que os ayuda a vivir tan regaladamente, para ver si, haciendo lo que vos hacéis, sacaba también yo mi provecho. — Amigo, le contestó el otro, no conozco otro lugar que la iglesia, ni otra manera de prosperar que oyendo todos los días la santa Misa ; y, por lo que a mí toca, os aseguro no haber empleado otros medios para alcanzar el bienestar que tanto os admira. ¿ No recordáis, en efecto, lo que nos aconseja Jesucristo en el Evangelio, que busquemos primero el reino de los cielos, y lo demás se nos dará por añadidura ? » Estas palabras hicie-

ron comprender a aquel hombre el propósito de su compañero al acompañarle a la santa Misa. «Pues bien, tenéis razón, dijo: el que cuenta solamente con su trabajo, es un ciego, y veo muy bien que nunca la santa Misa arruinará a nadie. La prueba me la proporcionáis vos. En adelante quiero imitaros, y confío en que Dios me concederá su bendición.» En efecto, al día siguiente comenzó la nueva regla de vida, y continuó así el resto de sus días; y sus negocios prosperaron en poco tiempo. Cuando le preguntaban por qué no trabajaba los domingos, ni durante la noche, como en otro tiempo; de dónde venía que asistiese todos los días a la santa Misa y que se enriqueciese cada vez más; contestaba de esta manera: «He seguido el consejo de mi vecino; id a preguntárselo, y él os enseñará la manera de vivir prósperamente sin trabajar más de lo ordinario, con sólo oír la santa Misa todos los días».

Tal vez esto os extrañe, H. M., mas a mí no. Esto es lo que vemos todos los días en los hogares donde hay verdadera piedad y devoción: los negocios de los que asisten con frecuencia a la santa Misa prosperan mucho más que los de quienes dejan de asistir por falta de fe o por pensar que no van a tener tiempo. ¡Ay! ¡cuánto más felices seríamos, si depositáramos en Dios toda nuestra confianza yuviésemos en nada nuestro trabajo! — Pero, me diréis tal vez, si no tenemos nada, nadie nos da aquello de que carecemos. — Y ¿qué queréis que os dé Dios, si no contáis con El por nada, confiando solamente en vuestro esfuerzo? Ni tan sólo procuráis que os quede tiempo para vuestras oraciones de la mañana y de la noche, y os contentáis con asistir a la santa Misa una vez por semana. ¡Ay! no conocéis los recursos con que la providencia de Dios puede favorecer a los que a ella se entregan. ¿Queréis de ello una prueba palpable? Aquí la tenéis delante de vuestros ojos; mirad al que os habla, fijaos en vuestro

pastor, y examinad la cosa delante de Dios — ¡ Oh !, me diréis, esto es porque hay quien os da. — Mas ¿quién me da, sino la providencia de Dios? En ella y en ninguna otra parte están mis tesoros. ¡ Ay ! ¡ cuán ciego es el hombre al inquietarse tanto, para no ser otra cosa que un desgraciado en esta vida y condenarse después ! Si acertaseis a pensar con seriedad en vuestra salvación y procuraseis asistir siempre que posible os fuese a la santa Misa, muy pronto veríais confirmado lo que os digo.

No, H. M., no hay momento tan precioso para pedir a Dios nuestra conversión como el de la santa Misa ; ahora vais a verlo. Un santo ermitaño llamado Pablo vió a un joven, muy bien vestido, entrar en una iglesia acompañado de gran número de demonios ; pero, terminada la santa Misa, lo vió salir acompañado de una multitud de ángeles que marchaban a su lado. « ¡ Oh, Dios mío !, exclamó el Santo, ¡ cuán agradable os debe de ser la santa Misa ! » Nos dice el Santo Concilio de Trento que la Misa aplaca la cólera de Dios, convierte al pecador, alegra al cielo, alivia las almas del purgatorio, da gloria a Dios, y atrae sobre la tierra toda suerte de bendiciones (1). ¡ Oh ! H. M., si llegásemos a comprender lo que es el santo sacrificio de la Misa, ¿ con qué respeto no asistiríamos a ella ?...

El santo abad Nilo nos refiere que su maestro San Juan Crisóstomo le dijo un día confidencialmente que, durante la santa Misa, veía a una multitud de ángeles bajando del cielo para adorar a Jesús sobre el altar, mientras muchos de ellos recorrían la iglesia para inspirar a los fieles el respeto y amor que debemos sentir a Jesucristo presente sobre el altar. ¡ Momento precioso, momento feliz para nosotros, H. M., aquel en que Jesús está presente sobre nuestros altares ! ¡ Ay !

(1) Ses. XXIII y XXII.

si los padres y las madres comprendiesen bien esto y supiesen aprovecharse de esta doctrina, sus hijos no serían tan miserables, ni se alejarían tanto de los caminos que al cielo conducen. ¡Dios mío, cuántos pobres junto a un tan gran tesoro!

3.º Os he dicho que el centurión nos serviría de ejemplo en los momentos en que tenemos la dicha de comulgar, ya espiritual, ya corporalmente. Por comunión espiritual entendemos un gran deseo de unírnos a Jesucristo (1). El ejemplo de aquel centurión es tan admirable, que hasta la Iglesia se complace en ponernos todos los días su conducta ante nuestros ojos, durante la santa Misa. «Señor, le dice aquel humilde servidor, yo no soy digno de que entréis en mi morada, mas decid solamente una palabra, y quedará curado mi servidor» (2). ¡Ah! si el Señor viese en nosotros esa misma humildad, ese mismo conocimiento de nuestra pequeñez, ¿con qué placer y con qué abundancia de gracias no entraría en nuestro corazón? ¡Cuántas fuerzas y cuánto valor íbamos a alcanzar para vencer al enemigo de nuestra salvación! ¿Queremos, H. M., obtener un cambio de vida, es decir, dejar el pecado y volver a Dios Nuestro Señor? Oigamos algunas Misas a esta intención, y si lo hacemos devotamente, nos cabrá la plena seguridad de que Dios nos ayudará a salir del pecado. Ved un ejemplo de ello. Refiérese que había una joven la cual durante muchos años mantuvo relaciones pecaminosas con cierto mancebo. De súbito, al considerar el castigo que esperaba a su pobre alma llevando una vida como la que llevaba, sintióse llena de espanto. Después de haber oído Misa, fué al encuentro de un sacerdote para rogarle que la ayudase a salir del pecado. El sacerdote,

(1) S. Buenaventura... Rodríguez, t. III, pág. 573. (Nota del Santo).

(2) Matth., VIII, 8.

que ignoraba el comportamiento de aquella joven, le preguntó qué era lo que la llevaba a cambiar de vida. «Padre mío, dijo ella, durante la santa Misa que mi madre, antes de morir, me hizo prometer que oíría todos los sábados, he concebido un tan grande horror de mi comportamiento que me es ya imposible aguantar más». «¡ Oh, Dios mío ! exclamó el santo sacerdote, ¡ he aquí un alma salvada por los méritos de la santa Misa !»

¡ Ah ! H. M., ¡ cuántas almas saldrían del pecado, si tuviesen la suerte de oír la santa Misa en buenas disposiciones ! No nos extrañe, pues, que el demonio procure, en aquel tiempo, sugerirnos tantos pensamientos ajenos a la devoción. ¡ Ay ! bien prevé, mejor que vosotros, lo que perdéis asistiendo a dicho acto con tan poco respeto y devoción. ¡ Ah ! H. M., ¡ de cuántos accidentes y muertes repentinas nos preserva la santa Misa ! ¡ cuántas personas, por una sola Misa bien oída, habrán obtenido de Dios el verse libres de una desgracia ! San Antonino nos refiere a este respecto un hermoso ejemplo. Nos dice que dos jóvenes organizaron, en día de fiesta, una partida de caza : uno de ellos oyó Misa, mas el otro no. Estando ya en camino, el tiempo se puso amenazador ; retumbaba el trueno formidable, veíase brillar incesantemente el relámpago, hasta el punto de que el cielo parecía incendiarse. Mas lo que los llenaba de pavor, era que, en medio de los fulgurantes rayos, oían una voz, como salida del aire, que gritaba : «¡ Herid a esos desgraciados, heridlos !» Calmóse un poco la tempestad y comenzaron a tranquilizarse. Pero, al cabo de un rato, mientras proseguían su camino, un rayo redujo a cenizas al que había dejado de oír la santa Misa. El otro quedó sobrecogido de un temor tal, que no sabía si pasar adelante o dejarse caer. En estas angustias, oía aún la voz que gritaba : «¡ Herid, herid al desgraciado !» Lo cual contribuía a redoblar el espanto que le causaba el ver

a su compañero muerto a sus pies. «¡ Herid, herid al que queda !» Cuando se creía ya perdido, oyó otra voz que decía : «No, no le toquéis ; esta mañana ha oído la santa Misa». De manera que la Misa que había oído antes de partir le preservó de una muerte tan espantosa. ¿ Veis, H. M., cómo se digna Dios concedernos singulares gracias y preservarnos de graves accidentes cuando acertamos a oír debidamente la santa Misa ? ¡ Ay ! ¡ qué castigos deberán esperar aquellos que no hacen escrúpulo de faltar a ella los domingos ! De momento, lo que se ve claramente es que casi todos tienen una muerte desdichada ; sus bienes van en decadencia, la fe abandona su corazón, y con ello vienen a ser doblemente desgraciados. ¡ Dios mío ! ¡ cuán ciego es el hombre, tanto en lo que se refiere al alma, como en lo que atiende al cuerpo !

III. — La mayor parte de los mundanos oyen la Misa imitando al fariseo, al mal ladrón o a Judas. Hemos dicho que la santa Misa es el recuerdo de la muerte de Jesús en la montaña del Calvario ; y por esto quiere Jesucristo que, cuantas veces celebramos la santa Misa, lo hagamos en su memoria. Pero, por desgracia, podemos decir que, mientras nosotros renovamos el recuerdo de los padecimientos de Jesucristo, muchos de los asistentes reproducen el crimen de los judíos y de los verdugos que le clavaron en cruz. Y para que podáis discernir mejor si pertenecéis vosotros al número de aquellos desgraciados que deshonoran de tal manera nuestros santos misterios, voy a haceros observar, H. M., cómo, entre los que fueron testigos de la muerte de Jesús en el Calvario, había tres linajes de personas : unos, más insensibles que las criaturas inanimadas, sólo desfilaban delante de la cruz, sin detenerse ni dar lugar a sentimientos de verdadero dolor. Otros se acercaban al lugar del suplicio y consideraban todas

las circunstancias de la Pasión del Salvador ; mas esto era solamente para mofarse, haciendo de ello asunto de broma y ultrajándole con las más horribles blasfemias. Finalmente, unos pocos derramaban lágrimas amargas, al ver las crueldades que se cometían en el cuerpo de su Dios y Señor. Mirad ahora a cuál de los tres grupos pertenecéis. Y no os hablaré de aquellos que van a oír precipitadamente una Misa en alguna parroquia ajena donde tienen otros negocios, ni de los que asisten sólo la mitad del tiempo, gastando la otra parte en beber con un amigo en la taberna ; dejémoslos de lado, ya que son gente que vive cual si no tuviese alma que salvar ; han perdido ya su fe, y, de consiguiente, todo está perdido. Hablemos solamente de los que vienen ordinariamente.

Y de ellos digo, primero, que muchos solamente vienen para ver y ser vistos, con un espíritu enteramente disipado, de la misma manera que irían a un mercado, a una feria, y me atreveré a decir, a un baile. Están aquí sin modestia : apenas doblan ambas rodillas durante la Elevación o la Comunión. Y los que así os portáis, ¿oráis durante la Misa?... ¡Ay ! no ; es que la fe os falta. Decidme : cuando os dirigís al encuentro de ciertas personas de calidad para pedirles algún favor, ocupan ellas vuestro pensamiento mientras os encamináis hacia su casa ; entráis en ella con modestia, les hacéis un profundo saludo, permanecéis descubiertos y ni tan sólo pensáis en sentaros ; tenéis los ojos bajos, y no os ocupa la atención otra cosa que la manera de expresaros bien y en términos elevados. Si éstos os faltan, os excusáis en seguida alegando vuestra escasa educación... Si tales personas os reciben amablemente, la alegría inunda vuestro corazón. Pues bien, decidme, H. M., ¿no debe esto confundiros al ver que tomáis tantos miramientos por cualquier cosa temporal, mientras acudís a la iglesia con

aire displicente, con gesto de menosprecio, y así os presentáis delante de un Dios que murió por salvaros y que cada día derrama su sangre para alcanzaros el perdón del Padre celestial? ¿Qué afrenta no será para Jesús, H. M., el verse insultado por tan viles criaturas? ¡Ay! cuántos durante la Misa cometen más pecados que durante el resto de la semana. Unos no piensan en Dios para nada, otros oran con la boca, mientras su corazón y su mente se sumergen ora en el orgullo, ora en el deseo de agradar, ora en la impureza. ¡Oh! ¡gran Dios! ¡y se atreven a nombrar a Jesucristo que ante ellos se presenta tan santo y tan puro!... Otros dan en su mente libre entrada y salida a todos los pensamientos que el demonio quiere sugerirles. ¡Cuántos no tienen escrúpulo alguno en volver la cabeza, en reir, en conversar, en mirar de una parte a otra, en dormir como en su cama, o tal vez mejor! ¡Ay! ¡cuántos cristianos salen de la iglesia con treinta o tal vez cincuenta pecados mortales de más de los que tenían al entrar!

Así, me diréis vosotros, será mejor no ir a Misa. ¿Sabéis lo que hay que hacer?... Asistir a la santa Misa y estar en ella con devoción, ofreciendo a Dios tres sacrificios, a saber: el de vuestro cuerpo, el de vuestra mente y el de vuestro corazón. Nuestro cuerpo debe adorar a Jesucristo con una religiosa modestia; nuestra mente, al oír la santa Misa, debe penetrarse de nuestra pequeñez y de nuestra indignidad, evitando toda disipación, apartando lejos de sí las distracciones. Debemos también consagrarle nuestro corazón, que es la ofrenda para El más agradable, ya que es precisamente nuestro corazón lo que con tanta insistencia nos pide: «Hijo mío, nos dice, dame tu corazón» (1).

Y acabemos, H. M., reconociendo lo desgraciados que somos al oír mal la Misa, ya que con ello hallamos

(1) Praebe fili mi cor tuum mihi (Prov., XXIII, 26).

nuestra reprobación allí donde los demás encuentran su salvación. Haga el cielo que asistamos a la santa Misa cuantas veces nos sea posible, puesto que mediante ella recibimos gracias en abundancia; mas quiera Dios también que llevemos a tan santa ceremonia las mejores disposiciones posibles.

Con ello se derramará sobre nuestras cabezas toda suerte de bendiciones en este mundo y en el otro... Esto es lo que os deseo.

TERCER DOMINGO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS

SOBRE LA MISERICORDIA DE DIOS

*Erant autem appropinquantes ei
publicani et peccatores, ut audi-
rent illum.*

Los publicanos y los pecadores
se acercaban a Jesucristo para es-
cucharle.

(S. Lucas, XV, 1.)

La manera como se condujo Jesús durante su vida mortal, nos muestra la magnitud de su misericordia para con los pecadores. Vemos que todos buscan su compañía, y El, lejos de rechazarlos o apartarse de ellos, emplea todos los medios posibles para hallarse entre los mismos, a fin de atraerlos a su Padre. Va en su busca mediante los remordimientos de conciencia, los rinde con su gracia, y los gana mediante su trato amoroso. Trátales con tanta bondad, que hasta toma su defensa contra los escribas y fariseos, quienes les echan en cara sus faltas y parece que no pueden sufrirlos al lado de Jesucristo. Y aun va más lejos, pues justifica su conducta para con ellos, en aquella parábola en que tan exactamente les pinta la magnitud de su amor a los pecadores. Dice así: «Había un buen pastor que tenía cien ovejas, y, habiéndosele extraviado una, abandona todas las demás para correr en busca de la perdida, y, al encontrarla, se la carga sobre sus hombros para evitarle el cansancio del camino; y habiéndola después devuelto al redil, invita a sus ami-

gos a festejar el hallazgo de la oveja que creía perdida.» Y a esta parábola añade aún aquella de una mujer que tenía diez dracmas, la cual, habiendo perdido una, busca con una lámpara por todos los rincones de su casa, y, al encontrarla, convida a sus amigas para que participen de su alegría. «De esta manera, dice, se alegra el cielo todo por la conversión de un pecador. No he venido por los justos, sino por los pecadores; no tienen necesidad del médico los que están sanos, sino los enfermos.» Vemos, pues, cómo Jesucristo se aplica a sí mismo esas vivas figuras de la magnitud de su misericordia para con los pecadores. ¡Ah! H. M., ¡qué dicha para nosotros tener la certeza de que es infinita la misericordia de Dios! ¡cuán vehemente ha de ser nuestro deseo de arrojarnos a los pies de un Dios que nos recibirá con tanta alegría! Sí, H. M., si nos condenamos, ninguna excusa podremos alegar, sabiendo que el mismo Jesucristo nos manifiesta cómo su misericordia fué en todo momento bastante grande para perdonarnos, cualquiera que fuese el número y la gravedad de nuestras culpas. Y para daros una idea de ello, voy a exponeros hoy: 1.º la magnitud de la misericordia de Dios para con el pecador; 2.º lo que hemos de hacer por nuestra parte para merecer la gracia de alcanzarla.

I. — Sí, H. M., todo debe consolarnos, todo debe animarnos al ver la manera como Dios se porta con nosotros. Por muy culpables que nos veamos, su paciencia nos espera, su amor nos invita a salir del pecado para retornar a El, su misericordia nos recibe en sus brazos. Gracias a su paciencia, nos dice el profeta Isaías, el Señor nos espera para hacer misericordia con nosotros. En el mismo momento en que hemos pecado, merecemos ser castigados. Al pecado, nos dice, sólo se le debe el castigo; en cuanto el hombre se revuelve contra su Dios, todas las criaturas piden vengán-

za, diciendo : Señor, ¿queréis que hagamos perecer a ese pecador que os ha ultrajado? ¿Queréis, dice el mar, que le trague hacia el fondo de mis abismos? La tierra le dice : Señor, ¿abriré mis entrañas para que baje vivo al infierno? El aire habla así : ¿Permitiréis, Señor, que le ahogue? El fuego dice : ¡ Ah ! permitid que le abrase. Y así, a grandes voces, todas las demás criaturas piden venganza. El trueno y los relámpagos llegan hasta el trono de Jesucristo para pedirle la facultad de aplastar y devorar el pecador. — No, responde Jesucristo, dejadle sobre la tierra hasta el momento que mi Padre haya determinado ; tal vez tendré la dicha de verle convertido. Si el pecador se extravió más y más, aquel buen Padre llora sus desvíos, sin cesar, empero, de perseguirle con su gracia, sugiriéndole vivos remordimientos en su conciencia. « ¡ Oh, Dios de las misericordias !, exclama San Agustín, siendo pecador, cada vez me alejaba más y más de Vos, mis pasos y mis andanzas todas eran otras tantas caídas, mis pasiones se encendían cada día con más ardor, y, no obstante, Vos me esperabais pacientemente. ¡ Oh, paciencia de mi Dios ! tantos años ha que os estoy ofendiendo y aun no me habéis castigado : ¿ de dónde podrá venir este dilatado retraso ? ¡ Ay !, Señor, es que deseabais mi conversión, y mi retorno a Vos por la penitencia. »

¿ Será posible, H. M., que, a pesar de los deseos que tiene Dios de salvarnos, nos perdamos nosotros tan voluntariamente ? Recorramos, H. M., las diferentes edades del mundo, y en todo momento veremos la tierra abrumada por las misericordias del Señor, y a los hombres colmados de beneficios divinos. No, H. M., no es el pecador quien retorna a Dios para pedirle perdón, sino el mismo Dios quien corre detrás del pecador y lo atrae hacia El. ¿ Queréis un ejemplo de ello ? Mirad cómo se portó con Adán. Después de haber cometido éste su primer pecado, en vez de castigarle como

merecía, por haberse rebelado contra su Criador, que tantos privilegios le otorgara, que le había adornado con tantas gracias, destinado a un fin tan dichoso, a ser el amigo de Dios y a no morir jamás... como Adán hubiese de la presencia de Dios, el Señor, cual un padre desolado que ha perdido a su hijo, corre en su busca y le llama casi llorando: Adán, Adán, ¿dónde estás? (1). ¿Por qué huyes de la presencia de tu Criador?» Tiene tantos deseos de perdonarle, que apenas le deja tiempo para pedirle perdón; en seguida le anuncia que le perdona, que enviará a su Hijo, el cual nacerá de una Virgen y reparará la pérdida que el pecado causó a él y a toda su descendencia, la cual reparación se realizará del modo más admirable. En efecto, H. M., a no haber sido el pecado de Adán, jamás habríamos tenido la dicha de que Jesucristo fuese nuestro Salvador, ni de recibirle en la sagrada Comunión, ni tampoco de poseerle en nuestros templos. Durante los muchos siglos que transcurrieron antes que el Padre Eterno enviase su Hijo a la tierra, no cesó de renovar sus promesas por medio de los patriarcas y profetas. ¡Oh, caridad, cuán grande sois para los pecadores! ¿Veis, H. M., cuál es la bondad de Dios para el pecador? ¿Y desesperaremos aún del perdón?

Toda vez que el Señor atestigua tan inequívocamente el deseo de perdonarnos, si permanecemos en pecado será enteramente por culpa nuestra. Mirad cómo se portó con Caín, cuando éste hubo muerto a su hermano. Sale a su encuentro para moverle a entrar en sí mismo, a fin de poderle perdonar, pues para que nos conceda el perdón es preciso que se lo pidamos... ¡Ah! Dios mío ¿no es esto demasiado? «Caín, Caín, ¿qué has hecho? (2). Pídemelo perdón, para que pueda yo

(1) Gen., III, 9.

(2) Gen., IV, 10.

otorgártelo». Caín no quiere hacerlo, desespera de su salvación y se endurece en el pecado. Sin embargo, vemos que Dios le deja morar por largo tiempo en la tierra, para darle lugar a convertirse. Mirad además su misericordia para con el género humano, cuando los crímenes de los hombres cubrían la faz de la tierra impregnándola con el virus de las más infames pasiones: el Señor se veía forzado a castigarlos; mas, antes de poner en ejecución su castigo, ¡cuántas precauciones, cuántos avisos, cuántos aplazamientos! Antes de castigarlos, amenazó a los hombres durante mucho tiempo, a fin de moverlos a reflexión. Viendo que sus crímenes iban siempre en aumento, les envió a Noé, al que encargó la construcción del arca, que emplease en ella cien años y, durante todo este tiempo, dijese a cuantos le pidiesen explicaciones acerca de la obra que ejecutaba, que el Señor iba a perder al mundo por un diluvio universal; mas que, si querían convertirse y hacer penitencia de sus pecados, cambiaría su decreto. Y al fin, viendo que de nada servían tales avisos, vióse forzado a castigar a la humanidad. Mas, en aquel momento, vemos que el Señor dice que se arrepiente de haber criado al hombre: lo cual nos muestra la magnitud de su misericordia. Cual si dijera: Preferiría no haberle creado a tener que castigarle (1). Decidme, H. M., ¿podía, todo un Dios, llevar más allá su misericordia?

De esta manera, H. M., aguarda Dios a que los pecadores hagan penitencia, y a ella los invita por los movimientos interiores de la gracia y por la voz de sus ministros. Mirad también cómo se porta con Nínive, aquella gran ciudad pecadora. Antes de hacerle sentir sus rigores, envía al profeta Jonás, para que de su parte anuncie a los habitantes de aquella urbe que dentro cuarenta días los va a castigar. Jonás, en vez de enca-

(1) Gen., VI.

minarse a Nínive, huye hacia otro lado. Intenta atravesar el mar; pero Dios, que no quiere dejar de avisar a los ninivitas antes de castigarlos, obra el gran milagro de conservar durante tres días a su profeta en el vientre de una ballena, la cual después lo vomita en tierra. Entonces el Señor dijo a Jonás: «Vete a anunciar a la ciudad de Nínive que dentro cuarenta días va a perecer». Ninguna condición les señaló. Partió el profeta, y anunció a los ninivitas que dentro cuarenta días iban a perecer. Ante aquel aviso, desde el más ínfimo súbdito hasta el rey, todos se entregaron a las lágrimas y a la penitencia. «¿Quién sabe, dijo el rey, si el Señor tendrá piedad de nosotros?» Al ver el Señor la penitencia de los ninivitas, pareció alegrarse por caberle el placer de perdonarlos. Al ver Jonás que había llegado ya el tiempo del castigo, se alejó de la ciudad, esperando que el fuego del cielo cayese sobre ella. Viendo que el castigo no se cumplía: «¡Ah!, Señor, exclamó Jonás. ¿me haréis, por ventura, pasar por un falso profeta? Antes prefiero que me enviéis la muerte. ¡Ah! ¡conozco muy bien vuestra bondad, y cuán presto estáis siempre a perdonar! — ¡Pues qué! Jonás, le dijo el Señor, ¿querrías tú que yo hiciese perecer a tantas personas que se han humillado delante de mí? ¡Oh! no, no, Jonás, no me atrevería a ello; antes al contrario, les conservaré la vida y los amaré» (1).

Tal es precisamente, H. M., la conducta que Jesucristo observa para con nosotros; a veces parece queernos castigar sin misericordia, pero al más leve arrepentimiento, nos perdona y nos devuelve su amistad. Ved lo que pasó cuando quiso hacer bajar fuego del cielo sobre Sodoma, Gomorra y las ciudades vecinas. Parecía no saber determinarse sin consultar antes a su siervo Abrahán, como para preguntarle lo que debía hacer.

(1) Ion., I-IV.

«Abrahán, dijo el Señor, los crímenes de Sodoma y Gomorra llegaron ya hasta mi trono, no puedo sufrirlos por más tiempo; haré que sus habitantes perezcan bajo el fuego del cielo. — Pero, Señor, le dijo Abrahán, ¿castigaréis a los justos juntamente con los pecadores? — ¡Oh! no, no, le dijo el Señor. — Pues bien, respondió Abrahán, si hubiese en Sodoma treinta justos, ¿la castigaríais? — No, dijo, si hallo treinta, perdonaré a toda la ciudad por respeto a esos justos» (1). Después fué rebajando el número hasta contentarse con diez. Y, caso singular, en una tan populosa ciudad no había ni tan sólo diez justos. Ya veis, pues, cómo el Señor parece complacerse en consultar a su siervo acerca de lo que debía hacer. Viéndose obligado a castigar a dichas ciudades, envió a un ángel para que avisase a Loth, a fin de que pudiese escapar con toda su familia y no sufriese el castigo de los culpables (2). ¡Ah! ¡Dios mío, cuánta paciencia! ¡cuántos aplazamientos antes de llegar a la ejecución!

¿Sabéis cuál es el pecado que ha obligado al Señor a enviar tantos castigos a los mortales? ¡Ay! el maldito pecado de impureza, del cual estaba cubierta toda la tierra. ¿Queréis ver la largueza de Dios hasta en el castigar? Mirad lo que hizo al destruir Jericó (3). Ordenó el Señor a Josué que llevase allí el Arca de la alianza, la cual era como un instrumento que mostraba la grandeza de la misericordia divina. Quiso que fuese llevada por los sacerdotes, que son los depositarios de sus misericordias. Ordenó que, durante siete días, diese el pueblo la vuelta a las murallas de la ciudad, tocando las mismas trompetas que servían para anunciar el año del jubileo, que era año de reconciliación y de perdón. Sin embargo, vemos que aquellas mismas trompetas

(1) Gen., XVIII.

(2) Ibid., XIX.

(3) Josue, VI.

que anunciaban el perdón, hicieron caer las murallas de la ciudad, para manifestarnos con ello que, si no queremos aprovecharnos de las gracias que Dios tiene a bien concedernos, nos hacemos aún más culpables ; pero si tenemos la dicha de convertirnos, se siente el Señor tan gozoso que viene a otorgarnos el perdón más prontamente que una madre corre a sacar al hijo de las llamas.

Acabamos de ver, H. M., cómo, desde el principio del mundo hasta la venida del Mesías, brillan la misericordia, el favor y el perdón. Sin embargo, podemos afirmar que son mucho más abundantes y preciosos aún los beneficios con que Dios ha enriquecido el mundo en la ley de gracia. ¡ Cuánta misericordia representa, en la persona del Padre Eterno, no tener más que un hijo y consentir en que recibiese la muerte para salvarnos a todos ! ¡ Ay ! H. M., si, con un corazón agradecido, recorriésemos toda la pasión de Cristo, ¡ cuán abundantes serían nuestras lágrimas ! Al contemplar al tierno Jesús en el pesebre, etc...

Vemos que la misericordia del Padre no puede llegar más allá, ya que, no teniendo más que un Hijo, para salvarnos, sacrifica a este Hijo, que es lo que El tiene en mayor aprecio. Mas ¿ qué diremos, al considerar el amor del Hijo ? ¡ Acepta tan voluntariamente los más crueles tormentos y la misma muerte, para procurarnos la felicidad del cielo ! ¡ Ay ! H. M., ¿ qué es lo que por nosotros no hizo durante su vida mortal ? No contento con llamarnos a sí por la gracia y con facilitarnos todos los medios para nuestra santificación, vedle corriendo afanoso tras sus ovejas extraviadas ; vedle recorrer las ciudades y los campos en su busca, para conducir las al redil de su misericordia ; miradle separándose de la compañía de sus Apóstoles para ir a esperar a la Samaritana en el pozo de Jacob, donde sabía que había de venir ; se le muestra amable y comienza a dirigirle la palabra, a fin de que su lenguaje lleno de

suavidad, unido a su gracia, la mueva y la consuele ; pídele agua, para que ella le pida algo más precioso, a saber, el perdón. Quedó tan contento de haber ganado aquella alma, que cuando sus Apóstoles le invitaron a que comiese : «¡ Oh ! no», les dijo. Como si dijese : «¡ Ah ! no, no, es tanta la alegría que siento por haber ganado un alma para mi Padre, que no pienso en alimentar mi cuerpo !» (1).

Contempladle en casa de Simón el leproso ; no fué allí para comer, sino porque sabía que acudiría allí una Magdalena pecadora : esto es lo que le llevó a aquel festín. Considerad la alegría que se refleja en su rostro viendo a la Magdalena a sus plantas, viéndola durante toda la comida regarle los pies con sus lágrimas y enjugárselos con su cabellera. Mas el Salvador por su parte le paga con creces aquella fineza ; a manos llenas derrama las gracias en su corazón. Ved de qué manera la defiende contra los que se escandalizan (2). Y llega a tanto, que, no satisfecho con haberle perdonado todos sus pecados, librándola de los siete demonios que en su corazón tenía, quiere aún escogerla por una de sus esposas ; quiere que le acompañe durante el curso de su pasión y que, «en todo el mundo, al ser predicado el Evangelio, sea narrado lo que acababa de hacer con respecto a Jesús» (3) ; no quiere hablar de sus pecados, puesto que le quedan ya perdonados por la aplicación de la preciosa sangre que va a derramar.

Vedle seguir el camino de Cafarnaum para hallar a otro pecador en su despacho — San Mateo — y hacer de él un celoso apóstol (4). Preguntadle por qué toma el camino de Jericó, y os dirá que hay allí un hombre

(1) Ioan., IV.

(2) Luc., VII.

(3) Ubicumque praedicatum fuerit hoc Evangelium in universo mundo, dicetur et quod haec fecit in memoriam eius (Matth., XXVI, 13).

(4) Ibid., IX.

llamado Zaqueo, tenido por pecador público, al cual desea salvar. Para convertirle en perfecto penitente, hace lo que un padre que ha perdido a su hijo; le llama: «Zaqueo, dice, baja del sitio en que te hallas; porque quiero hospedarne hoy en tu casa; vengo para otorgarte el perdón». Como si dijese: Zaqueo deja tu orgullo y tu afición a los bienes del mundo; descende, es decir, abrázate a la humildad y a la pobreza. Y para darlo a entender a los demás que con él estaban, dijo: «Esta casa recibe hoy la salvación» (1). — ¡Oh, Dios mío! ¡cuán grande es vuestra misericordia para con los pecadores!

Preguntadle también por qué pasó por aquella plaza pública. «¡Ah!, os dirá, es que aquí espero a aquella mujer adúltera, ya que a este lugar la llevarán para apedrearla; mas yo la defenderé de sus enemigos, la moveré y lograré su conversión». Mirad al dulce Salvador junto a aquella mujer, observad cómo se porta con ella, ved de qué modo toma su defensa. Al verla rodeada de aquel populacho que sólo esperaba la señal para aplastarla, el Salvador parecía decirles: «Aguardad un momento, dejadme hacer, después obraréis vosotros». Se inclina hacia el suelo y escribe, no su sentencia de condenación, sino su absolución. Al levantarse, mira a los perseguidores de la mujer, cual si les dijese: «Ahora que esta mujer está perdonada, ya no es una pecadora, sino una santa penitente, ¿quién de vosotros puede compararse con ella? El que esté libre de pecado, arroje la primera piedra». Y aquellos refinados hipócritas, al ver que Jesucristo leía en sus conciencias, se retiraron avergonzados, comenzando los más viejos, que eran sin duda los más culpables. Jesucristo, al verla sola, díjole bondadosamente: «Mujer, ¿nadie te ha condenado?» Como si le dijese: después

(1) Luc., XIX.

que yo te he perdonado, ¿quién se atreverá a condenarte? «¡ Ah ! Señor, le respondió aquella pecadora, nadie. — Pues anda, y no quieras volver a pecar » (1).

Mirad aún los sentimientos que manifiesta al ver a aquella mujer que desde hacía doce años sufría flujo de sangre. La mujer arrojóse humildemente a sus pies ; «Pues, decía ella, si puedo tan sólo llegar a tocar el borde de su vestido, tengo la seguridad de sanar». Jesucristo se volvió, con mirada bondadosa, y dijo : «¿ Quién me ha tocado ? Anda, hija mía, le dijo, ten confianza, estás curada de alma y cuerpo » (2). Vedle cómo se compadece de la pena de aquel padre que le presentó a su hijo, poseído del demonio desde su tierna edad... (3).

Miradle llorando, al acercarse a la ciudad de Jerusalén, figura del pecador que no quiere ablandar su corazón. Vedle llorar su perdición eterna. «¡ Oh ! cuántas veces, ingrata Jerusalén, he querido atraerte hacia el seno de mi misericordia, cual una gallina que cobija a sus polluelos debajo de sus alas ; mas tú no has querido. ¡ Oh, ingrata Jerusalén ! ¡ has dado muerte a los profetas e hiciste perecer a los siervos de Dios ! ¡ Oh ! ¡ si al menos hoy quisieses aceptar el perdón que te traigo ! » (1). ¿ Veis, H. M., de qué manera el Señor, cuando no queremos convertirnos, llora la pérdida de nuestras almas ?

Después de considerar todo eso que hace Jesucristo para salvarnos, ¿ cómo podremos desesperar de su misericordia, siendo su más gran placer el perdonarnos ? Así es que, por innumerables que sean nuestros pecados, si resolvemos seriamente dejarlos y arrepentirnos de ellos, estamos seguros del perdón. Aunque nuestras

(1) Ioan., VIII.

(2) Matth., IX.

(3) Marc., IX.

(4) Matth., XIII.

culpas fuesen tan numerosas como las hojas de los árboles de la selva, si nuestro corazón está verdaderamente contrito, alcanzaremos el perdón. Para convenceros de ello, aquí tenéis un admirable ejemplo. Léese que había un joven llamado Teófilo, sacerdote, el cual fué acusado ante su obispo y depuesto de una dignidad que poseía. Llenóle aquella afrenta de un furor tal, que llegó hasta a llamar al demonio en su ayuda. El maligno espíritu apareciósele bajo una forma vulgar, y le prometió que le haría recobrar su dignidad si renunciaba en seguida a Jesús y a María. Ciego de furor, consintió el infeliz, y dió al demonio la renuncia en un documento escrito de su puño y letra. Al día siguiente, habiendo el obispo reconocido su falta, le llamó a la iglesia, y le pidió perdón por haber creído con harta facilidad lo que de él le habían dicho, y le repuso en su dignidad. Desde aquel momento el sacerdote quedó fuertemente acongojado; los remordimientos de conciencia desgarraron su alma durante mucho tiempo. Entonces se le ocurrió acudir a la Santísima Virgen, ya que se consideraba indigno de pedir perdón al mismo Dios. Se postró ante una imagen de la Virgen, suplicándole que le alcanzase de su divino Hijo el perdón; y a fin de obtenerlo, ayunó por espacio de cuarenta días y oró durante todo ese tiempo sin cesar. Al cabo de los cuarenta días, se le apareció la Santísima Virgen, y le dijo que había obtenido su perdón. Muy consolado quedó con aquella gracia; pero restaba aún una espina que arrancar: era aquel documento que había entregado al demonio. Pensó que el Señor no denegaría aquella gracia a su santa Madre, y a tal efecto estuvo orando tres días; al despertarse encontró el documento sobre su pecho. Lleno de agradecimiento, fuése al templo, y, delante de todo el concurso de fieles, hizo pública la gracia que el buen Dios le otorgara por intercesión de su Santísima Madre. Esto debemos

también hacer nosotros. Si nos vemos demasiado culpables para pedir el perdón a Dios, dirijámonos a la Santísima Virgen y tendremos la seguridad de alcanzarlo.

Mas, para animaros a concebir gran confianza en la misericordia de Dios, que es infinita, recordaré aquí un ejemplo sacado del Evangelio, el cual nos muestra la magnitud de la misericordia divina: es el del hijo pródigo, quien, como sabéis, después de haber pedido a su padre la herencia que podía tocarle, se fué a un país extranjero. Allí disipó toda su fortuna viviendo como un libertino. Su mala conducta le redujo a una miseria tal, que se sentía dichoso alimentándose con las sobras de la comida destinada a los cerdos que guardaba. Meditando un día sobre la gran miseria en que se hallaba, decía a su amo: «Dadme, a lo menos, la comida destinada a los más inmundos animales». ¿Qué miseria es comparable a ésta, H. M.? Sin embargo, ni esto se le concedía. Viéndose condenado a morir de hambre, vivamente movido por su estado de miseria, abrió los ojos y se acordó de su buen padre que tanto le amaba. Tomó la resolución de volver a la casa paterna, donde el más ínfimo criado comía en abundancia el pan que él echaba de menos. Y decía para sí: «Hice mal en abandonar a un padre que tanto me amaba; he disipado toda mi fortuna entregándome a la mala vida; sucio y harapiento como estoy, ¿llegará mi padre a reconocermé? Mas yo me arrojaré a sus plantas, y le ablandaré con mis lágrimas; le suplicaré que me admita en el número de sus criados». He aquí que se levanta y emprende el camino, pensando en la miseria a que le había reducido su vida licenciosa. El padre, que desde mucho tiempo lloraba su pérdida, al verle venir de lejos, olvidando la decrepitud en que sus años le tenían sumido, corrió a recibirle en sus brazos. Admirado, el hijo miserable, del amor que su padre le

mostraba : « ¡ Ah ! padre mío, exclamó, ¡ he pecado contra el cielo y contra vos ! no merezco ser tenido por hijo vuestro, admitidme tan sólo en el número de vuestros criados. — No, no, hijo mío, exclamó el padre rebosando alegría por caberle la dicha de recobrar al hijo que creía perdido ; no, hijo mío, dejemos lo pasado, no pensemos más que en regocijarnos. Llevadle su antigua vestidura para que se la ponga de nuevo, entregadle el anillo que ha de adornar su mano, y el calzado que ha de cubrir sus pies ; matad el becerro más gordo y dad lugar al regocijo ; pues mi hijo estaba muerto y ha resucitado, le daba yo por perdido y le hemos recobrado. » (1)

¡ Bella imagen, H. M., de la grandeza de la misericordia que Dios muestra para con los más abominables pecadores ! En efecto, al tener la desgracia de pecar, nos alejamos de Dios, y, siguiendo tras las pasiones, nos reducimos a un estado más miserable que el de los cerdos, que son los animales más inmundos. ¡ Oh, Dios mío ! ¡ cuán horrible es el pecado ! ¿ cómo es posible que alguien lo cometa ? Pero, por miserables que seamos, en cuanto tomamos la resolución de convertirnos, al menor indicio de arrepentimiento, las entrañas de su divina misericordia muévense ya a compasión. Nuestro dulce Salvador, mediante su gracia, corre al encuentro del pecador, para abrazarle y prodigarle los más deliciosos consuelos. En efecto, jamás el pecador experimenta tanto placer como en el momento en que deja el pecado para entregarse a Dios ; parécete que nada podrá detenerle ; ni la oración, ni la penitencia : nada es duro para él. ¡ Oh, momento delicioso ! ¡ cuán dichosos siuviésemos la suerte de comprenderlo ! Pero ¡ ay ! que no correspondemos a la gracia, y entonces desaparece el encanto de aquellos felices momentos. Jesucris-

(1) Luc., XV.

to dice al pecador por boca de sus ministros : «Revestid a este cristiano que se ha convertido, con su primera vestidura, que es la gracia del bautismo que había perdido ; revestidle de Jesucristo, de su justicia, de sus virtudes y de todos sus méritos». Tal es, H. M., la manera como nos trata Jesucristo cuando tenemos la dicha de dejar el pecado para entregarnos a El. ¡ Ah ! H. M., ¡ qué motivo de confianza es para un pecador, por culpable que sea, el tener certeza de que la misericordia de Dios es infinita !

II. — No, H. M., no es la gravedad de nuestros pecados ni su número lo que debe preocuparnos, sino solamente las disposiciones con que nos debemos presentar. Esperad, H. M., y vais a oír otro ejemplo que os mostrará cómo, por culpables que seamos, tenemos la seguridad de ser perdonados, si así se lo pedimos a Dios. Leemos en la historia que, una vez, un gran príncipe, en su última enfermedad, fué atacado de una terrible tentación de desconfianza en la misericordia y bondad de Dios. El sacerdote que en aquel momento le asistía, viendo que perdía la confianza, ponía todos sus esfuerzos en procurar que no desfalleciese, diciéndole que nunca el buen Dios había denegado el perdón a quien lo imploraba. «No, no, dijo el enfermo, no hay perdón para mí, pues el mal que he obrado es excesivamente grande». No sabiendo el sacerdote dónde acudir, comenzó a orar. Y entonces el Señor le puso en la boca las palabras que el santo Rey David pronunció antes de morir : «Príncipe, le dijo, escucha al profeta penitente ; ya que eres pecador como él, pronuncia con sinceridad sus palabras : Señor, Vos tendréis piedad de mí, puesto que son muy grandes mis pecados, y es precisamente la magnitud de mis pecados lo que os animará a perdonarme». El príncipe, a estas palabras, cual si despertase de un profundo sueño, se paró un

momento, lleno de alegría, y, exhalando un profundo suspiro, dijo : « ¡ Ah, Señor ! ¡ para mí fueron pronunciadas estas palabras ! ¡ Sí, Dios mío, precisamente porque he pecado tanto tendréis piedad de mí ! » Se confesó y recibió los sacramentos derramando torrentes de lágrimas ; ofreció con alegría su vida, y murió teniendo en sus manos el crucifijo y regándole con lágrimas de sus ojos. Y en efecto, H. M., ¿ qué son nuestros pecados si los comparamos con la misericordia de Dios ? Son un grano de mostaza al lado de una montaña. ¡ Oh, Dios mío ! ¿ quién se resignará a condenarse, al ver que Jesús desea tan vivamente nuestra salvación y que tan fácil nos es conseguirla ? ...

Sin embargo, H. M., aunque Dios se digne en su bondad esperarnos y admitirnos, hemos de ir con cuidado en no agotar su paciencia : cuando nos llame y nos invite, hemos de correr a su encuentro ; cuando nos admita en su compañía, hemos de permanecer fieles. ¡ Ay ! H. M., tal vez hará ya cinco o seis años que Dios nos está llamando ; ¿ por qué permanecer, pues, en el pecado ? En todo momento está presente ofreciéndonos el perdón ; ¿ por qué no dejar la culpa ? Nos dice, en efecto, San Ambrosio : « El Señor, con todo y ser tan bueno y misericordioso, jamás nos perdona, sin que antes imploremos el perdón, sin que unamos nuestra voluntad a la de Jesucristo ».

Mas ¿ qué voluntad, H. M., es la que Dios pide de nosotros ? Vedla aquí. Es una voluntad que ha de corresponder a la santa avidez de su misericordia, y que nos haga hablar como hablaba San Pablo : « Ya tenéis referencias de mi conducta y de mis actos antes de que Dios me hiciese la gracia de convertirme. Yo perseguía a la Iglesia de Cristo con tanta crueldad, que al presente me inspira horror de mí mismo cuantas veces pienso en ello. ¿ Quién podría creer que precisamente aquél fuese el momento escogido por Jesucristo

para llamarme a sí (1). Entonces fué cuando me vi rodeado de una luz resplandeciente, y oí una voz que me decía : Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?» (2). ¡Ay ! H. M., ¿cuántas veces nos habrá hecho Dios la misma gracia ? ¿cuántas veces, sumidos en las tinieblas del pecado o prestos a pecar, habremos oído una voz interior que nos decía : «¡ Ah ! hijo mío, ¿por qué quieres hacerme sufrir tanto, y perder tu alma ?» Aquí vais a ver un ejemplo. Leemos en la historia que hubo un hijo que, ciego de cólera un día, mató a su padre. Quedó después presa de tales remordimientos, que a todas horas parecía oír una voz que le decía : «¡ Ah ! hijo mío, ¿por qué me mataste ?» Lo cual le impresionó tanto, que fué él mismo a denunciarse a la justicia. No tan sólo, H. M., la bondad de Dios, al otorgarnos el perdón, ha de impulsarnos a dejar el pecado, sino que hemos de llegar hasta derramar lágrimas de agradecimiento. Nos ofrece de ello un hermoso ejemplo el joven Tobías, acompañado y guiado por un ángel (3), con lo cual vemos cuánto le complace a Dios nuestro agradecimiento. Leemos en el Evangelio que aquella mujer que por espacio de doce años sufría un flujo de sangre y quedó curada por un milagro de Jesús, agradecida por tanta bondad y a fin de publicarla delante de todo el mundo, hizo colocar cerca de su casa una hermosa escultura representando una mujer a los pies de Jesucristo, que la había curado. Y muchos autores nos dicen que brotó allí una planta desconocida de la gente y que, en cuanto crecía hasta tocar el borde de la vestidura de la estatua, adquiría la virtud de curar toda clase de enfermedades. Ved lo que hace San Mateo : para agradecer a Jesucristo la gracia que le concediera, le invitó a su casa y colmóle de toda

(1) Gal., I, 13-15.

(2) Saule, Saule, quid me persequeris ? (Act., IX, 4).

(3) Tob., XII.

suerte de agasajos (1). Mirad al samaritano leproso : al verse curado, desanda el camino, y se echa a los pies de Jesús en agradecimiento al favor que acababa de dispensarle (2).

Nos dice San Agustín que lo principal en la acción de gracias, es que nuestra alma se muestre sinceramente agradecida a la bondad de Dios, entregándose totalmente, con todos sus afectos, a tan soberano Señor. Contemplad al Salvador después de haber curado a los diez leprosos, al ver que sólo uno volvía a darle las gracias : «Y los otros nueve, le dijo a aquél Jesucristo, ¿no han curado también?» (3). Como si dijese : ¿por qué los demás no vienen a mostrar su agradecimiento? Dice San Bernardo que hemos de ser muy agradecidos para con Dios, ya que ello le anima a concedernos nuevos favores. ¡ Ay ! H. M., ¡ cuántas acciones de gracias debemos a Dios por habernos creado, por habernos redimido con su pasión y muerte, por habernos hecho nacer en el seno de su Iglesia, cuando tantos otros mueren fuera de tan saludable recinto ! Sí, H. M., ya que la bondad y la misericordia de Dios son infinitas, procuremos aprovecharnos de ellas, con lo cual nos cabrá la dicha de agradarle, y nuestras almas se conservarán siempre en su santa gracia : y ello nos alcanzará la felicidad de gozar las delicias de su presencia en compañía de los bienaventurados en la gloria. Esto es lo que os deseo.

(1) Luc., V, 29.

(2) Ibid., XVII, 16.

(3) Ibid., XVII, 17

CUARTO DOMINGO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS

SOBRE LA ESPERANZA

Diliges Dominum Deum tuum.
Amarás al Señor tu Dios.

(S. Mateo, XXI, 37.)

Cierto, H. M., que San Agustín nos dice que, aunque no hubiese cielo que esperar ni infierno que temer, no por eso dejaría de amar a Dios, por ser El infinitamente amable; sin embargo, Dios, para que nos animemos a seguirle y a amarle sobre todas las cosas, nos promete una recompensa eterna. Cumpliendo dignamente tan bella misión, la cual constituye la mayor dicha que en este mundo podemos esperar, nos preparamos una eterna felicidad en el cielo. Si la fe nos enseña que Dios todo lo ve, que es testigo de cuanto hacemos y sufrimos, la virtud de la esperanza nos impulsa a soportar las penalidades con una entera sumisión a la voluntad divina, en la confianza de que, por ello, seremos recompensados eternamente. Sabemos también que esta hermosa virtud fué la que sostuvo a los mártires en sus atroces tormentos, a los solitarios en los rigores de sus penitencias, y a los santos enfermos en sus dolencias. Sí, H. M., si la fe nos muestra a Dios presente en todas partes, la esperanza nos impulsa a realizar todo lo que consideramos agradable a Dios,

con la mira de una eterna recompensa. Ya que esta virtud contribuye tanto a dulcificar nuestros males, veamos, pues, H. M., en qué consiste la bella y preciosa esperanza.

Si nos es dado, H. M., conocer por la fe que hay un Dios, que es nuestro Creador, nuestro Salvador y nuestro sumo Bien, que nos dió el ser para que le conozcamos, le amemos, le sirvamos y lleguemos a poseerle ; la esperanza nos enseña que, aunque indignos de tanta felicidad, podemos esperarla por los méritos de Jesucristo. Para lograr, H. M., que nuestros actos sean dignos de recompensa, se necesitan tres cosas, a saber : la fe, que nos hace ver a Dios como presente ; la esperanza, que nos hace obrar con la sola intención de agradarle, y el amor, que nos une a El como a nuestro sumo Bien. Sí, H. M., jamás llegaremos a comprender el grado de gloria que nos proporcionará en el cielo cada acción buena, si la realizamos puramente por Dios ; ni aun los santos que están en el cielo llegan a comprenderlo. De lo cual vais a ver un ejemplo admirable. Leemos en la vida de San Agustín que, mientras este Santo se disponía a escribir a San Jerónimo, para preguntarle qué expresiones podrían mejor servirle para hacer sentir intensamente toda la extensión y grandeza de la felicidad que los santos disfrutaban en el cielo ; mientras, siguiendo su costumbre, ponía en la carta la salutación : «Salud en Jesucristo Nuestro Señor», quedó inundada su habitación por una luz refulgente, tan extraordinaria, que superaba en hermosura e intensidad a la del sol en su cenit ; la cual luz despedía además el más delicioso de los perfumes. Quedó tan enajenado el Santo, que estuvo a punto de morir de gozo. Al mismo tiempo oyó que de aquellos fulgores salía una voz que le dijo : «¡ Ah ! mi amado Agustín, me crees aún en la tierra ; gracias a Dios, estoy ya en el cielo. Quieres preguntarme de qué tér-

minos hay que valerse para hacer sentir del mejor modo posible la felicidad de que gozan los santos ; has de saber, querido amigo, que es tan grande esta felicidad, supera tanto a lo que una criatura puede imaginar, que resultaría más fácil contar las estrellas del firmamento, recoger todas las aguas del mar en una redoma, sostener toda la tierra en tus manos, que no llegar a comprender la felicidad del menor de los bienaventurados del cielo. Me ha sucedido lo que a la reina de Sabá ; juzgando ella por las voces de la fama, había formado un gran concepto del rey Salomón ; pero, después de haber visto con sus propios ojos el orden admirable que reinaba en su palacio, la magnificencia sin igual, la ciencia y los extensos conocimientos de aquel rey, quedó tan admirada y sobrecogida, que regresó a su tierra diciendo que, cuanto se le había dicho, era nada en comparación de lo que sus ojos habían visto. Lo mismo me ha sucedido respecto a la hermosura del cielo y a la felicidad de que gozan los santos ; creía haber penetrado algo de las bellezas que el cielo contiene y de la felicidad de que gozan los santos ; pues bien, has de saber que los más sublimes pensamientos que había podido concebir, nada son comparados con la felicidad que constituye la herencia de los bienaventurados».

Lcemos en la vida de Santa Catalina de Sena que esta santa mereció de Dios la gracia de ver en alguna manera la belleza del cielo y la felicidad de que allí se disfruta. Quedó tan sobrecogida, que vino a caer en éxtasis. Al volver en sí, preguntóle el confesor qué era lo que Dios le había mostrado. Dijo la Santa que el Señor le había hecho ver algo de la hermosura del cielo y de la dicha de que gozan los bienaventurados ; pero excedía tanto, todo ello, a lo que podemos nosotros imaginar, que resultaba imposible dar la menor idea. Ya veis, pues, H. M., a dónde nos llevan nuestras buenas obras, si las hacemos con la mira de agradar a

Dios ; ya veis cuántos son los bienes que la virtud de la esperanza nos hace desear y aguardar.

2.º Hemos dicho que la virtud de la esperanza nos consuela y sostiene en las pruebas que Dios nos envía. Tenemos de ello un gran ejemplo en la persona del santo Job, sentado en el estercolero, cubierto de llagas de pies a cabeza. Había perdido a sus hijos, aplastados al derrumbarse su casa. El mismo, desde su cama, hubo de refugiarse en el estercolero más miserable y hediondo, abandonado de todos ; su pobre cuerpo estaba lleno de podre ; su carne viva era ya pasto de los gusanos, a los cuales tenía que apartar con un tiesto ; se vió insultado por su misma esposa, que, en vez de consolarle, se complacía en llenarle de injurias diciéndole : «¿ Ves, el Dios a quien sirves con tanta fidelidad ? ¿ Ves de qué manera te recompensa ? Pídele que te quite la vida ; a lo menos con ello te verás libre de tantos males». Sus mejores amigos le visitaban sólo para acrecentar sus dolores. Mas, a pesar del estado miserable a que estaba reducido, no dejó nunca de esperar en Dios. «No, Dios mío, jamás dejaré de esperar en Vos ; aunque me quitaseis la vida, no dejaría de esperar en Vos y de confiar en vuestra caridad. ¿ Por qué he de desanimarme, Dios mío, y abandonarme a la desesperación ? Confesaré en vuestra presencia mis pecados, que son la causa de los males que padezco ; y espero que seréis Vos mi Salvador. Tengo la esperanza de que un día me recompensaréis por los males que ahora experimento por vuestro amor». Aquí tenéis, H. M., lo que podemos llamar una verdadera esperanza : por ella, a pesar de que el santo varón veía descargar sobre sí toda la cólera divina, no dejaba, con todo, de esperar en Dios. Sin examinar el motivo por qué sufría aquellos males sin cuento, contentábase solamente con decir que sus pecados eran la causa de todo. ¿ Veis, H. M., los grandes bienes que la esperanza nos pro-

cura? Todos lo tienen por desgraciado; sólo él, tendido en su estercolero, abandonado de los suyos y despreciado de los demás, se siente feliz, puesto que pone en Dios toda su confianza. ¡ Ah! si en nuestras penas, en nuestras tristezas y en nuestras enfermedades, mantuviésemos siempre una tan grande confianza en Dios, ¡ cuántos bienes atesoraríamos para el cielo! ¡ Ay! ¡ cuán ciegos somos, H. M. ! Si, en lugar de desesperarnos en nuestras penalidades, conservásemos aquella firme esperanza que, junto con otros mil medios para merecer el ciclo, nos envía Dios, ¡ con cuánta alegría sufriríamos!

Pero, me diréis, ¿ qué significa esta palabra: esperar? Vedlo aquí, H. M. Es suspirar por algo que ha de hacernos dichosos en la otra vida; es el deseo de vernos libres de todos los males de este mundo; el deseo de poseer toda suerte de bienes capaces de satisfacernos plenamente. Después que Adán hubo pecado, y se vió lleno de tantas miserias, su gran consuelo era el pensar que no sólo sus sufrimientos le merecerían el perdón de los pecados, sino, además, le proporcionarían los bienes del cielo. ¡ Cuánta bondad la de un Dios, H. M., al recompensar por toda una eternidad la más insignificante de nuestras obras! Mas para que merezcamos tanta dicha, quiere el Señor que depositemos en El una gran confianza, cual la que tienen los hijos para con sus padres. Por esto vemos que en muchos pasajes de la Escritura toma el nombre de Padre, a fin de inspirarnos una gran confianza. En todas nuestras penas, sean del alma, sean del cuerpo, quiere que recurramos a El. Promete socorrernos siempre que a El acudamos. Si toma el nombre de Padre, es para inspirarnos mayor confianza. Mirad de qué manera nos ama: por su profeta Isaías nos dice que nos lleva a todos en su seno. «Es imposible que una madre olvide al hijo que lleva en sus entrañas; y aunque cometiese tal barbaridad, os

digo que yo no olvidaré al que pone en mí su confianza» (1). Quédase de que no confiemos en El cual debiéramos; y nos advierte que «no depositemos nuestra confianza en los reyes y príncipes, ya que saldrían fallidas nuestras esperanzas» (2). Y aun va más allá, pues nos amenaza con su maldición, si dejamos de confiar en El; así nos habla por su profeta Jeremías: «¡Maldito sea el que no pone en Dios su confianza!», y en otra parte nos dice: «Bendito sea el que confía en el Señor!» (3). Recordad la parábola del hijo pródigo, que Jesús nos propone con tanto amor a fin de inspirarnos una gran confianza en su bondad. «Ciertó padre, nos dice, tenía un hijo que le pidió la porción que de la herencia podía corresponderle. El padre se la entregó. El hijo abandonó a su padre, se encaminó a un país extranjero, y allí entregóse a toda suerte de desórdenes. Pasado algún tiempo, sus excesos le redujeron a la más extrema miseria; sin dinero y sin recurso alguno, habríase contentado con alimentarse de lo que los cerdos dejaban, pero ni aun eso le era permitido. Al verse agobiado por tantos males, acordóse de que había abandonado a un buen padre, que nunca le había negado favor alguno cuando en su compañía se hallaba. Entonces dijo para sí: Me levantaré; y, con lágrimas en los ojos, iré a arrojarme a los pies de mi padre; es tan bueno, que confío tendrá aún piedad de mí. Y le diré: Tierno padre mío, he pecado contra el cielo y contra vos, y no me atrevo a mirar ni a vos ni al cielo; no merezco ser tenido por hijo vuestro; me consideraré feliz si os dignáis admitirme en el número de vuestros siervos.»

(1) Numquid oblivisci potest mulier infantem suum, ut non misereatur filio uteri sui? et si illa oblita fuerit, ego autem non obliviscar tui (Is., XLIX, 15).

(2) Nolite confidere in principibus: in filiis hominum, in quibus non est salus (Ps. CXI.V, 2).

(3) Maledictus homo, qui confidit in homine... Benedictus vir, qui confidit in Domino (Jer., XVII, 5, 7).

¿Y qué es lo que hace aquel buen padre?, nos dice Jesucristo, que es precisamente el padre tierno a quien se refiere la parábola. En vez de aguardar a que el hijo vaya a arrojarle a sus plantas, en cuanto le divisa en se refiere la parábola. En vez de aguardar a que el hijo quiere confesar sus culpas; mas el padre no le deja hablar. «No, hijo mío, no me hables de pecados, no pensemos en otra cosa que en alegrarnos». Y aquel padre bondadoso invita a toda la corte celestial a dar gracias a Dios por haber visto resucitado al hijo que creía muerto, por haber recobrado al hijo que tenía por perdido. Para darle a entender cuánto le ama, le ofrece de nuevo su amistad y todos sus bienes (1).

Pues bien, H. M., esta es la manera como recibe Jesús al pecador cuantas veces retorna a su seno: le perdona y le restituye cuantos bienes el pecado le arrebatara. Al considerar esto, H. M., ¿quién de nosotros no abrigará la mayor confianza en la caridad de Dios? Y aun va más allá, ya que nos dice que, cuando tenemos la dicha de dejar el pecado para amarle a El, todo el ciclo se regocija. Si leéis en otra página del Evangelio, veréis con qué diligencia corre en busca de la oveja perdida. Al hallarla, queda tan satisfecho que, para evitarle el cansancio del camino, se la carga sobre sus hombros (2). Mirad con cuánta indulgencia y bondad recibe a Magdalena (3), ved con qué ternura la consuela; y no solamente la consuela, sino que la defiende contra los insultos de los fariseos. Mirad con cuánta caridad y con cuánto placer perdona a la mujer adúltera; ella le ofende, y El mismo se constituye en su protector y salvador (2). Mirad su diligencia en salir al encuentro de la Samaritana; para salvar su alma, va

(1) Luc., XV.

(2) Ibid.

(3) Ibid., VII.

(4) Joan., VIII.

a esperarla junto al pozo de Jacob; se digna dirigirle el primero la palabra, para mostrarle toda su bondad; y a pretexto de pedirle agua, le da la gracia del cielo (1),

Decidme, H. M., ¿qué razones podremos aducir para excusarnos, cuando nos haga presente la bondad con que nos trató, cuando nos convenza de lo bien que habríamos sido recibidos si nos hubiésemos determinado a volver a El, cuando nos manifeste el gozo con que nos habría perdonado y restituído su gracia? Muy exactamente podrá decirnos: ¡Ah! desgraciado, ¡si has vivido y muerto en el pecado, ha sido porque no quisiste salir de él: mi afán de perdonarte era grande! Ved, H. M., cómo Dios quiere que acudamos a El con gran confianza en nuestras dolencias espirituales. Por su profeta Miqueas, nos dice que, aunque nuestros pecados sean más numerosos que las estrellas del firmamento, que las gotas de agua del mar, que las hojas de los bosques, o que los granos de arena que circundan el Océano, todo lo olvidará, si nos convertimos sinceramente; y nos dice también que, aunque el pecado haya hecho a nuestra alma más negra que el carbón, «o más roja que la púrpura, nos la volverá más blanca que la nieve» (2). Nos dice que arroja nuestros pecados en las profundidades del mar, a fin de que no reaparezcan jamás. ¡Cuánta caridad nos manifiesta Dios, H. M.! ¡con cuánta confianza deberemos dirigirnos a El! Mas ¡qué desesperación la de un cristiano condenado cuando se dé cuenta de la facilidad con que Dios le habría perdonado, si hubiese acertado a pedirle perdón! Decidme ahora, H. M., si, al condenarnos, no será por haberlo nosotros querido. ¡Ay! H. M., ¡cuántos remordimientos de conciencia, cuántos pensamientos saludables, cuántos buenos deseos no habrá suscitado en nosotros

(1) Joan., IV.

(2) Isaías, I, 18.

la voz de Dios ! ¡ Oh, Dios mío ! ¡ cuán infeliz es el hombre al precipitarse en la condenación, cuando tan fácilmente podría salvarse ! ¡ Ay ! H. M., para convencernos de lo que acabo de decir, no hay más que considerar lo que por nosotros hizo Jesús durante los treinta y tres años que moró acá en la tierra.

Os he dicho, en segundo lugar, que hasta con respecto a nuestras necesidades temporales hemos de tener gran confianza en Dios. A fin de movernos a recurrir a El confiadamente en lo que se refiere a las necesidades del cuerpo, nos asegura que velará por nosotros ; y así vemos que ha obrado grandes milagros para hacer que no nos falte lo necesario para vivir. Lee-mos en la Sagrada Escritura que alimentó a su pueblo, por espacio de cuarenta años en el desierto, con el maná que caía todos los días antes de salir el sol. Durante aquellos mismos cuarenta años, los vestidos de los israelitas no se estropearon en lo más mínimo. Nos dice en el Evangelio que no nos preocupemos por lo que se refiere a nuestro vestido o a nuestra alimentación : «Contemplad, dice, las aves del cielo ; ni siembran ni cosechan, ni almacenan nada en sus graneros ; mirad con qué solicitud las alimenta vuestro Padre ; ¿y no sois vosotros, por ventura, de mejor condición, siendo como sois hijos de Dios ? Gente de poca fe, no os acogojéis, pues, por el cuidado de hallar lo que habréis de comer, o con qué vestir vuestro cuerpo. Contemplad los lirios del campo, ved cómo crecen, y, sin embargo, ni trabajan, ni tejen ; mirad, no obstante, el vestido con que se adornan ; os aseguro que Salomón, en todo el esplendor de su gloria, jamás ostentó vestido semejante. Si, pues, concluye el divino Salvador, el Señor es tan solícito en vestir una hierba que hoy existe y mañana es arrojada al fuego, ¿con cuánta mayor razón cuidará de vosotros que sois sus hijos ? Buscad, pues, primero el reino de Dios y su justicia, y lo demás se

os dará por añadidura» (1). Mirad aún hasta dónde quiere hacer llegar nuestra confianza: «Cuando oréis, nos dice, no digáis «Dios mío», sino «Padre nuestro»; pues sabemos que el hijo tiene una confianza ilimitada en su padre». Después de haber resucitado, aparecióse a Santa Magdalena y le dijo: «Anda, ve a mis hermanos, y diles de mi parte: Subo a mi Padre, que es también el vuestro» (2). Decidme, H. M., ¿no habréis de convenir conmigo en que, si somos tan desgraciados en este mundo, proviene ante todo de que no tenemos en Dios la suficiente confianza?

Hemos dicho, en tercer lugar, que hemos de concebir una gran confianza en Dios, al experimentar cualquier tristeza, pena o enfermedad. Es preciso, H. M., que esta gran confianza en el cielo nos sostenga y nos consuele en aquellas horas amargas; esto hicieron los santos. Leemos en la vida de San Sinfiriano que, al ser conducido al martirio, su madre, que le amaba verdaderamente en Dios, subióse a una pared para verle pasar, y, con toda la fuerza de sus pulmones, clamó: «¡Hijo mío, hijo mío, levanta tus ojos al cielo; valor, hijo mío! ¡que la esperanza en el cielo te sostenga! ¡valor, hijo mío! Si el camino del cielo es difícil, en cambio es muy corto». Animado aquel hijo por las palabras de su madre, arrostró con gran intrepidez los tormentos y la muerte. San Francisco de Sales tenía en Dios tanta confianza, que parecía insensible a las persecuciones de que era objeto; decíase a sí mismo: «Toda vez que nada sucede sin permisión divina, las persecuciones no son más que para nuestro bien». Leemos en su vida que en cierta ocasión fué vilmente calumniado; a pesar de esto, ni un momento perdió su ordinaria tranquilidad. Escribió a uno de sus

(1) Matth., VI.

(2) Vade autem ad fratres meos, et dic eis: Ascendo ad Patrem meum, et Patrem vestrum (Ioan., XX, 17).

amigos que una persona le acababa de avisar que se murmuraba de él en gran manera ; mas esperaba que el Señor arreglaría todo aquello a gloria suya y para salvación de su alma. Se limitó a orar por los que le calumniaban. Tal es, H. M., la confianza que debemos nosotros tener en Dios. Al hallarnos perseguidos y despreciados, poseemos la prueba más inequívoca de que somos verdaderamente cristianos, esto es, hijos de un Dios despreciado y perseguido.

Os decía, H. M., en cuarto lugar, que, si hemos de concebir una ciega confianza en Jesucristo, quien jamás dejará de acudir en nuestro socorro al vernos atribulados, si acudimos a El como un hijo acude a su padre ; debemos tener también una gran confianza en su Santísima Madre, tan buena y tan solícita para socorrernos en nuestras necesidades temporales y espirituales, y sobre todo en el primer momento de nuestra conversión a Dios. Si nos remuerde algún pecado cuya confesión nos causa vergüenza, arrojémonos a sus plantas, y tendremos la seguridad de que nos alcanzará la gracia de confesarlo bien, y al mismo tiempo no cesará de implorar nuestro perdón. Para demostrároslo, aquí tenéis un admirable ejemplo. Refiérese que cierto hombre durante mucho tiempo llevó una vida bastante cristiana para hacerle concebir grandes esperanzas de alcanzar el cielo. Pero el demonio, que no piensa más que en nuestra perdición, le tentó con tanta insistencia y tan a menudo, que llegó a ocasionarle una grave caída. Habiendo al instante entrado en reflexión, comprendió la enormidad de su pecado, y propuso en seguida recurrir al laudable remedio de la penitencia. Mas concibió de su pecado una vergüenza tal, que jamás pudo determinarse a confesarlo. Atormentado por los remordimientos de su conciencia, que no le dejaban descansar, tomó la resolución de arrojarle al agua para dar fin a sus días, esperando con ello dar término a

sus penas. Mas, al llegar al borde de la orilla, se llenó de temor considerando la desdicha eterna en que se iba a precipitar, y volvió atrás llorando a lágrima viva, rogando al Señor se dignase perdonarle sin que se viese obligado a confesarse. Creyó poder recobrar la paz del espíritu, visitando muchas iglesias, orando y ejecutando duras penitencias; pero, a pesar de todas sus oraciones y penitencias, los remordimientos le perseguían a todas horas. Nuestro Señor quiso que alcanzase el perdón gracias a la protección de su Santísima Madre. Una noche, mientras estaba poseído de la mayor tristeza, se sintió decididamente impulsado a confesarse, y, siguiendo aquel impulso, se levantó muy temprano y se encaminó a la iglesia; más cuando estaba a punto de confesarse, sintióse más que nunca acometido de la vergüenza que le causaba su pecado, y no tuvo valor para realizar lo que la gracia de Dios le inspirara. Pasado algún tiempo tuvo otra inspiración semejante a la primera; encaminóse de nuevo a la iglesia, mas allí su buena acción quedó otra vez frustrada por la vergüenza, y, en un momento de desesperación, hizo el propósito de abandonarse a la muerte antes que declarar su pecado a un confesor. Sin embargo, le vino el pensamiento de encomendarse a la Santísima Virgen. Antes de regresar a su casa, fué a postrarse ante el altar de la Madre de Dios; allí hizo presente a la Virgen Santísima la gran necesidad que de su auxilio tenía, y con lágrimas en los ojos la conjuró a que no le abandonase. ¡Cuánta bondad la de la Madre de Dios, cuánta diligencia en socorrer a aquel desgraciado! Aún no se había arrodillado, cuando desaparecieron todas sus angustias, su corazón quedó enteramente transformado, levantóse lleno de valor, fué al encuentro de un sacerdote, al que, en medio de un río de lágrimas, confesó todos sus pecados. A medida que iba declarando sus faltas, parecía quitarse